

## **Hobsbawm y Nairn frente al problema del nacionalismo: dos perspectivas enfrentadas en el seno del marxismo británico.**

---

◆ *Daniel Lvovich*

### I

Aunque mucho menos difundida que la amplia controversia en que se involucraron Edward P. Thompson y Perry Anderson, los diversos modos de enfrentar los problemas teóricos y políticos derivados de los vínculos entre el socialismo y el nacionalismo generaron un intercambio polémico, desarrollado de modo esporádico desde fines de la década de 1970 y a lo largo de las dos décadas siguientes, entre dos figuras inscriptas en la tradición del marxismo inglés: Eric Hobsbawm y Tom Nairn. En efecto, la aparición en 1977 de *The Break - up of Britain* de Tom Nairn<sup>1</sup> libro en que el autor desarrolló una valoración positiva de los movimientos separatistas del Reino Unido, constituyó un evento académico y político de importancia para la riquísima tradición intelectual del marxismo inglés. Pese a que varios de los artículos que componen la obra ya habían sido editados a partir del año 1970 en *New Left Review*, la publicación del libro de Nairn motivó una severísima crítica de Eric Hobsbawm,<sup>2</sup> cuyos ecos colocaron la temática del nacionalismo en el centro del debate intelectual británico.

---

1 Tom Nairn, *Los nuevos nacionalismos en Europa. La desintegración de Gran Bretaña*, Barcelona, Península, 1979, (1977).

2 “Socialismo y nacionalismo: Algunas reflexiones sobre ‘El desmembramiento de Gran Bretaña’” en: *Política para una izquierda racional*, Barcelona, Crítica, 1993, (1989). El artículo fue publicado originalmente en *New Left Review*, N°105, 1977.

◆ Universidad Nacional de General Sarmiento

Desde las páginas de *New Left Review*, Nairn había emprendido a partir de la década de 1960, junto a Perry Anderson, una punzante crítica del conservadurismo político, social y cultural inglés y de sus consecuencias de conformismo e inmovilismo en toda la estructura social, incorporando a su reflexión elementos provenientes del pensamiento continental —particularmente del estructuralismo francés— en un intento por renovar la teoría social desarrollada en Gran Bretaña.<sup>3</sup>

Nairn sostenía que todas las estructuras sociales y políticas británicas fueron moldeadas en el seno de un persistente conservadurismo, que proveyó a una forma estatal arcaica una perdurabilidad inusitada. En esta perspectiva, sostenía que “el sistema anglo-británico [...] sigue siendo un producto de la transición general que va desde el absolutismo al constitucionalismo moderno, abrió el camino de salida del primero pero nunca llegó genuinamente al segundo. Más aún la peculiar naturaleza híbrida impuesta por esta única experiencia fue confirmada por el triunfo imperialista que logró más adelante”.<sup>4</sup> En crisis política y económica recurrente desde la década de 1950, la salida de tal situación exigiría una ruptura política, “una fractura al nivel del Estado que permita la emergencia de los antagonismos más encontrados y una voluntad de reformar el antiguo orden desde sus raíces”.<sup>5</sup> El Estado británico se hallaba tan profundamente atrincherado en el propio orden social, incluyendo a un movimiento obrero tibiamente reformista y a una intelectualidad liberal-conservadora, “que una simple ruptura política implicaría una revolución social de considerables proporciones”.<sup>6</sup>

Nairn encontraba en el sorprendente florecimiento del nacionalismo escocés en la década de 1970 el factor capaz de encarnar esa ruptura y, con ella, de poner en jaque la continuidad de un conservadurismo capaz de permear el

---

3 José Sazbon, “Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson – Anderson” en: *Punto de vista*, N°29, abril-julio de 1987, p.12. Sobre la trayectoria de *New Left Review* véase: Perry Anderson, “Renovaciones”, *New Left Review en Español*, N°|2, mayo-junio de 2002. E.P. Thompson formuló una severa crítica a los análisis formulados en la década de 1960 por Anderson y Nairn sobre la historia británica y a sus supuestos epistemológicos en: “The peculiarities of the English”, publicado como prólogo a la edición inglesa de *The poverty of theory and other essays*, Londres, Merlin Press, 1978. Para las reflexiones de Anderson al respecto, véase Perry Anderson, *Teoría, Política e Historia. Un debate con E.P. Thompson*, Madrid, siglo XXI, 1985, cap. 5: “El Internacionalismo”.

4 Tom Nairn, op. cit., p.65. La solución de compromiso entre clases con la que se coronaron las guerras civiles y las revoluciones del siglo XVII, la prioridad temporal de la industrialización para la cual “la clase y el estado patricio proporcionaron las condiciones” (p.27), la expansión colonial y el imperialismo resultan los factores históricos a los que el autor asocia la perduración de un Estado al que considera “una reliquia indefendible e inadaptable”. (65)

5 Tom Nairn, p.40

6 Ídem, p.40

conjunto de la sociedad.<sup>7</sup> De tal modo, sostenía en *La desintegración de Gran Bretaña* que “el tradicional Estado británico se está desplomando”,<sup>8</sup> aunque no a causa de la revolución social sino de la desintegración territorial, ya que “el neonacionalismo se ha convertido en Gran Bretaña en el enterrador del antiguo Estado, y como tal, en el principal factor encaminado a lograr una revolución política de algún tipo, tanto en Inglaterra como en los países más pequeños”.<sup>9</sup>

Tal proceso exigía una toma de posición de la izquierda sobre los nuevos nacionalismos, dependiente a su vez de la manera en que se concebía al Estado británico: “Si uno no reconoce que está moribundo, como ocurre con la mayoría de la izquierda inglesa, entonces naturalmente los nacionalismos de Escocia y Gales aparecerán como fuerzas destructivas: como un retorno fundamentalmente irracional hacia siglos olvidados, como una involución a expensas del progreso. [...] Por otra parte, si se observa al Reino Unido como un *ancien régime* sin ningún derecho particular de supervivencia o de continua obediencia, los movimientos de ruptura se verán a una luz diferente”.<sup>10</sup>

## II

En 1979, Nairn filia su posición frente al nacionalismo en su interpretación de la sustentada por Lenin, en particular en *El derecho de las naciones a la autodeterminación*.<sup>11</sup> La valoración positiva de las luchas de liberación nacional por Lenin radicaba en una perspectiva pragmática que veía a tales fuerzas como aliadas en la lucha contra las viejas dinastías y Estados, al menos hasta el mo-

7 El voto al Partido Nacionalista Escocés (SNP) había alcanzado en octubre de 1974 el 30,4% del electorado, y aunque en los siguientes comicios este porcentaje cayó considerablemente, Nairn considera que el nacionalismo “ha llegado a ser una fuerza permanente y vivaz en la política escocesa”, considerando que en circunstancias desfavorables, un 17,5% del electorado votó en el referéndum de 1978 a favor de la independencia de Escocia. (pp. 7 - 9). Nairn explica la ausencia de un nacionalismo político escocés en los siglos XVIII y XIX, en que tal región cruzó la línea del desarrollo antes que la política y la cultura europea fueran alteradas por el despertar de la conciencia nacionalista. No surgió allí una intelectualidad descontenta, nacionalista, debido a que no existía una disconformidad de la burguesía escocesa respecto a su situación relativa. El motivo del despertar del nacionalismo escocés en la década de 1970 se apoya en tres factores: la incursión del negocio del petróleo, que crea una nueva base material para la vida política, la decadencia del sistema político británico, al que se percibe como una carga insostenible –los escoceses saben que de mantenerse en el Reino Unido, toda la renta petrolera alimentará el arcaico sistema británico– y un legado cuasinacional, una identidad cultural escocesa fuerte pero jamás movilizadas en términos nacionalistas, reanimada por el separatismo. Para un análisis de las cambiantes opiniones y vinculaciones de Nairn con el nacionalismo escocés, véase: Neil Davidson, “In Perspective: Tom Nairn” en: *International Socialism Journal*, N°82, marzo de 1999.

8 Idem., p.15

9 Idem, pp. 77 - 78.

10 Ibidem, p.63.

11 V.I. Lenin *Obras escogidas*, Buenos Aires, Cartago, 1974.

mento revolucionario. De tal modo, un criterio específicamente pragmático – dado por el juicio acerca del valor de los movimientos de liberación nacional en relación a las luchas por el socialismo– gobernaba la lógica leninista acerca de la cuestión. Sin embargo, afirma Nairn, lo provisional y pragmático del leninismo se convirtió a lo largo del siglo XX en eterno a medida que el capitalismo demostraba su capacidad de resistencia. De tal modo, el intelectual escocés postulaba que “una versión corregida de la vieja concepción leninista es la única posición satisfactoria que pueden adoptar los marxistas con respecto al problema del neonacionalismo”.<sup>12</sup> Tales correcciones deberían atender a una nueva comprensión del estado capitalista, una vez desaparecidos los viejos Imperios dinásticos: “El problema de la concepción de Lenin era que el nacionalismo podía constituir un desvío que en algún sentido fuera válido, contribuyendo a crear las condiciones políticas y el clima general favorable que haga más expedito el camino de la revolución [...] Por qué esto no habría de ser correcto también en el caso de Gran Bretaña?”<sup>13</sup>

Pese a esta aproximación desde el punto de vista estratégico, los fundamentos de la teoría de la nación de Nairn poco le deben a la tradición leninista. Basado en una epistemología de raíces estructuralistas, Nairn afirmaba que la imposibilidad del marxismo para dar cuenta del nacionalismo –“el mayor fracaso histórico del marxismo”<sup>14</sup>– no residió en un problema conceptual o subjetivo, sino a que el desarrollo histórico, en las épocas de Marx, Lenin y las dos generaciones posteriores a la Primera Guerra Mundial, no había producido algunos elementos que resultaban necesarios para la comprensión de tal fenómeno. Nairn ha señalado que la concepción marxista del nacionalismo sostuvo siempre la preeminencia de la clase sobre la nacionalidad, a la que consideraba un simple epifenómeno. Adheridos con la mayor determinación a la tradición iluminista, los marxistas mantuvieron como creencia básica que el nacionalismo era un anacronismo destinado a desaparecer. Sin embargo, el propio desarrollo del capitalismo, con su estructural carácter agonal, permitió percibir que la contradicción principal del capitalismo no reside en la lucha de clases, sino en el desarrollo desigual considerado al nivel del sistema mundial. Pese a que este fenómeno no fue percibido –continuaba– el socialismo se convirtió, en la práctica, en la principal herramienta ideológica que acompañó el rápido desarrollo de muchas sociedades atrasadas, fundiéndose con sus nuevos nacionalismos

---

12 Tom Nairn, p.75.

13 Tom Nairn, p.78.

14 Tom Nairn, op.cit., p.303.

más que con la conciencia de clase de los trabajadores de los países desarrollados. Si el desarrollo capitalista hubiera sido uniforme, la conciencia nacional se hubiera desarrollado armónicamente, sin conflictos con la conciencia de clase. Pero, concluía, en el mundo del nacionalismo se generan constantes antagonismos entre la nacionalidad y la clase, y en este conflicto la posición del nacionalismo —capaz de proveer una cultura accesible a las masas— presenta ventajas sobre cualquier otra forma de articulación social.

El punto de partida teórico de la reflexión de Nairn sobre el nacionalismo se inspira con claridad en la teoría del sistema mundial de Wallerstein<sup>15</sup> y en ciertos aspectos de la reflexión de Poulantzas.<sup>16</sup> Desde esta óptica, no sería la lucha de clases sino la economía política mundial: “...la única ‘estructura’ genuina que puede sostenerse para explicar las variadas ‘superestructuras’ de la realidad capitalista (incluyendo el nacionalismo)”.<sup>17</sup>

Por ello el nacionalismo es, en tal perspectiva, una totalidad incomprensible fuera del contexto del desarrollo desigual del capitalismo, surgido como un hecho general después que la difusión desigual de la modernización e industrialización —idea que toma de la temprana obra de Ernest Gellner<sup>18</sup>— ejerciera su primer impacto, tras la doble revolución europea. La precedencia del desarrollo de Francia e Inglaterra es en este marco una referencia central. Según Nairn, las sociedades de la periferia europea percibieron a las visiones de progreso universalistas como auténticos medios de dominación que encubrían las pretensiones imperiales francesas y el dominio de las manufacturas inglesas sobre las economías locales. Desde el momento en que el desarrollo colocó armas pode-

15 Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, México, Siglo XXI, 1979.

16 Nicos Poulantzas, *L'Internationalisation des rapports capitalistes et l'état nation*, en: *Les Temps Modernes*, febrero de 1973, pp.1492 - 1493, En Tom Nairn, op.cit, p.81. Una década más tarde, Wallerstein precisó sus perspectivas sobre el problema de la nación junto a y Etienne Balibar en *Raza, nación y clase*, Madrid, IEPALA, 1991, (1988). En este trabajo, caracterizado por un asfixiante determinismo estructural, deducen las categorías de análisis desde el concepto de economía-mundo, para sostener: “El concepto de ‘raza’ está relacionado con la división axial del trabajo; es decir la antinomia centro - periferia. El concepto de ‘nación’ está relacionado con la superestructura política de este sistema histórico, con los Estados soberanos que constituyen el sistema interestatal y se derivan de él. El concepto de ‘grupo étnico’ está relacionado con la creación de las estructuras familiares que permiten que buena parte de la fuerza de trabajo se mantenga al margen de la estructura salarial en la acumulación de capital. Ninguno de los tres términos está relacionado directamente con el concepto de clase y ello porque ‘clase’ y ‘pueblo’ se definen ortogonalmente, lo cual constituye una de las contradicciones de este sistema histórico...” (p.124) De tal modo: “El sistema interestatal no es un simple entramado de supuestos Estados soberanos, sino un sistema jerárquico regido por la ley del más fuerte [...] Las desigualdades significativas y firmes aunque no inmutables son precisamente procesos que conducen a ideologías capaces de justificar una posición privilegiada en la jerarquía, aunque también a poner en cuestión las posiciones inferiores. Este tipo de ideologías se llaman nacionalismos”. (pp. 128 - 129)

17 Tom Nairn, Op. Cit., p.327.

18 Ernst Gellner, *Thought and change*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1964.

rosas en manos de las áreas más avanzadas, y “que éstas se localizan en un lugar y un pueblo particular y no en un desinteresado centro de una cultura pura”, el resultado es un abismo respecto a las regiones más atrasadas, que se ven forzadas a reclamar el progreso, no en las condiciones impuestas por el centro metropolitano sino en sus propios términos.

Serían específicamente las clases medias de los países de la periferia europea –una vez abandonadas las esperanzas en una expansión del progreso y la civilización que las salvaran del atraso feudal– las que comprendieron que sólo un esfuerzo de su parte impediría la dominación económica o militar de los países más avanzados, prefigurando un movimiento que se universalizaría en los siglos XIX y XX. A esta tensión entre progreso y dominación: “se podría denominarlo el dilema ‘productor del nacionalismo’. Dada la premisa del desarrollo desigual y el impacto resultante que producen los más avanzados sobre los menos avanzados, el dilema es automáticamente trasladado hacia adelante y hacia afuera. El resultado, el nacionalismo, no es básicamente menos necesario. El nacionalismo, a diferencia de la nacionalidad o de la variedad étnica, no puede ser considerado un fenómeno ‘natural’. Aunque [...] bajo estas específicas circunstancias históricas [...] ‘el nacionalismo se convierte en un fenómeno natural’”.<sup>19</sup>

El nacionalismo es, entonces, el rótulo que desde el siglo XVIII se impuso a la lucha contra el imperialismo, la discriminación y la dominación política o militar. En la situación creada por la doble revolución, el nacionalismo empleó la materia prima brindada por los contrastes étnicos, lingüísticos o culturales modificando cualitativamente sus significados. Su expansión –que el autor considera necesaria e inevitable– se desarrolló por oleadas, acorde a su distancia respecto al centro: primero alcanzó a Alemania e Italia, más tarde al resto de Europa, luego a Japón y, con el desarrollo total del Imperialismo, al resto del mundo.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Tom Nairn, Op. Cit., p.87.

<sup>20</sup> John Breuilly, tras afirmar que la argumentación de Nairn resulta “plausible e impresionante” señala que “no encaja con los hechos” ya que para ubicar el origen del nacionalismo en los países menos desarrollados, Nairn invierte la real secuencia histórica, ya que el nacionalismo empieza en Europa, antes del establecimiento de los modernos imperios ultramarinos y del desarrollo de cualquier nacionalismo extraeuropeo. Del mismo modo, el caso alemán del siglo XIX constituye un poderoso contraejemplo: en una primera instancia, su nacionalismo se dirigió hacia los obstáculos internos a su unificación más que hacia un enemigo externo. Existen además dificultades para correlacionar la emergencia del nacionalismo con la explotación y el atraso, ya que muchos movimientos nacionalistas se desarrollaron con anterioridad en las áreas coloniales relativamente poco explotadas y, a la inversa, en áreas de intensa explotación, el nacionalismo no alcanzó con frecuencia demasiada importancia. John Breuilly, *Nacionalismo y Estado*, Barcelona, Pomares - Corredor, 1990, pp. 38- 40. Para una crítica similar para el caso de las teorías etnonacionalistas véase: Stein Rokkan y Derek Urwin, *Economy, Territory, Identity. Politics of West European Peripheries*, London, Sage Publications, 1983.

Sin embargo, la postura de Nairn se separa en este punto de las teorías que entienden al nacionalismo como una pura reacción a la expansión colonial e imperialista —como la desarrollada por Peter Worsley<sup>21</sup>— ya que el desarrollo desigual también afecta a los países centrales. Aunque producto de la periferia, una vez que el Estado ha sido concebido en términos nacionales, las propias áreas centrales se tornan nacionalistas, logrando éste una expansión más eficaz en estos casos, dada su abundancia de recursos materiales y humanos.

En la misma lógica argumentativa, la apelación al desarrollo desigual como principio explicativo permite a Nairn dar cuenta de un tipo particular de nacionalismo, el de superdesarrollo, difundido en regiones relativamente más avanzadas que el resto de las entidades políticas a las que pertenecen. El objetivo de este tipo de nacionalismo es librarse del peso muerto de estados atrasados, como en los casos bohemio con relación al Imperio Austro-Húngaro, el catalán y vasco en el contexto del estado español o el escocés con relación al Reino Unido.

Pero el dilema del desarrollo sólo se convierte en nacionalismo, afirma Nairn siguiendo a Gramsci, cuando dentro de una sociedad dada es percibido y refractado por los intelectuales. La necesidad de las clases medias de movilizar a las masas para sus objetivos determinará el nuevo complejo político del nacionalismo. Para volverse hacia el pueblo, los líderes deberán hablar su idioma, o convertir en uno a sus dialectos, revalorizar unas culturas que la ilustración había condenado a la extinción y llegar a un acuerdo con la enorme diversidad de la vida campesina. Será esta presencia popular la que impregnará al nacionalismo de su tinte arcaico o primigenio, y la que determinará la presencia, en todos los movimientos nacionalistas, de un carácter populista estructuralmente necesario.<sup>22</sup>

---

21 Peter Worsley, *El Tercer Mundo. Una nueva fuerza en los asuntos internacionales*, México, Siglo XXI, 1978 (1964).

22 Benedict Anderson ha realizado dos observaciones al respecto. En primer lugar, sobre la base del caso latinoamericano, señala la dificultad para generalizar el vínculo entre el fenómeno nacionalista y la movilización de los sectores populares. En segundo término, advierte que si bien resulta clara la necesidad de las élites nacionalistas de convocar a las masas, es difícil comprender en los términos planteados por Nairn, la causa por la cual esta interpelación llegó a ser tan atractiva para los sectores subalternos. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, F.C.E., 1993, pp. 77-78 y 119 - 120. Al respecto, es posible sostener que mientras la retórica del populismo invoca indefectiblemente al “pueblo” o la “nación” en contraposición al bloque dominante, o, como lo expresara Laclau, “consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como sintético antagónicas respecto a la ideología dominante”, no se desprende de ello el caso inverso, esto es, el carácter necesariamente populista de todo nacionalismo. Ernesto Laclau, *Política e Ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1980, p.201.

Las versiones más potentes del nacionalismo se dieron en Japón, Italia y Alemania, países que –pese a sus diferencias– combinaban modernas instituciones socioeconómicas con experiencias históricas dolorosas, un *status* secundario, semiperiférico en el contexto internacional y el temor al subdesarrollo. Fueron esos países los que desarrollaron el pleno potencial histórico del nacionalismo: “El nacionalismo es un fenómeno tan proteico, anima en una medida tan considerable la historia moderna, que se puede afirmar que no existe un ‘arquetipo’ de él, ninguna forma simple que ponga de manifiesto su significado. No obstante ello, ante la exigencia de elegir algún espécimen [...] no habría muchas opciones. El fascismo, considerado con la suficiente profundidad histórica, nos dice mucho más sobre el nacionalismo que cualquier otro episodio.”<sup>23</sup>

Sin embargo, desde una perspectiva puramente teórica resulta imposible, debido a las propias determinaciones que lo explican, diferenciar entre nacionalismos progresivos y reaccionarios: “...todo nacionalismo es a la vez saludable y mórbido. Tanto el progreso como la regresión se inscriben desde un principio en su código genético. Este es un hecho estructural del nacionalismo [...] Esta ambigüedad expresa solamente la *raison d’être* histórica general del fenómeno. El hecho es que por medio del nacionalismo las sociedades procuran propulsarse hacia cierto tipo de objetivos (industrialización, prosperidad, igualdad con otros pueblos, etc.) a través de cierto tipo de regresión, por introspección, deduciendo más profundamente sus recursos naturales, resucitando los héroes y los mitos pasados del pueblo y así sucesivamente [...] es un hecho perfectamente banal de la historia nacionalista que esta búsqueda del espíritu se convierta fácilmente en una completa invención en la cual las leyendas ocupan el lugar de los mitos.”<sup>24</sup> Por lo tanto, ya que “toda la familia está manchada sin excepción”,<sup>25</sup> en la medida en que se deba distinguir entre diferentes movimientos nacionales, el juicio político no se puede basar –como en la perspectiva leninista–, en la individualización de nacionalismos sino en otro tipo de criterios, como el carácter de clase de la sociedad en cuestión o su función en las relaciones internacionales.

En consonancia con una sensibilidad frankfurtiana, extrañamente vinculada al predominio estructuralista de la explicación general, Nairn no sólo no se mostraba sorprendido por el hecho de que las fuerzas irracionales convocadas para enfrentar el desafío industrializador se hubieran desplegado con la potencia demostrada a lo largo del siglo XX, sino que sostenía que estas han determinado

23 Tom Nairn, Op. Cit., p.321.

24 Ídem p.322.

25 Ibídem, p.323

a la totalidad del desarrollo capitalista: “Debido a las tensiones colosales producidas por la industrialización y a la variedad e intensidad de las fuerzas que este desafío desencadenó en pro de una actividad más consciente, no existe *en un sentido general* nada admirable en el surgimiento de la irracionalidad en la historia moderna. Hubiera sido verdaderamente admirable que *no* hubieran existido triunfos temporales contra la Ilustración, como el de la Alemania nazi. [...] Si se rechaza la mitología del *Doktor Faustus* entonces se vuelve más difícil negar que el fascismo y el genocidio forman parte, de algún modo, de la ‘lógica’ de la historia moderna. Se vuelve más sencillo afirmar que *son* la lógica de la historia moderna; es decir que las instituciones capitalistas modernas, e incluso la industria y la democracia como tales, son en su totalidad intrínsecamente fascistoides y malignas: los estados nacionalistas totalitarios de la década de 1930 demuestran hacia donde nos encaminamos”.<sup>26</sup> Las previsiones para el futuro del nacionalismo se desprenden del conjunto de su planteo teórico: lejos de ser un fenómeno pasado, su difusión futura es inevitable. Aunque el capitalismo ha unificado realmente la historia de la humanidad, lo ha conseguido a costa de un fantástico desequilibrio, a través de antagonismos catastróficos y mediante un proceso de fragmentación socio-política extrema.

### III

“*En todos mis libros había un capítulo sobre el nacionalismo. Siempre tomé el tema seriamente. Tal vez no pensaba que pudiera volver de este modo tan destructor*”, afirmaba Eric Hobsbawm en 1994.<sup>27</sup> En efecto, mucho tiempo antes de publicar su respuesta al libro de Nairn, Hobsbawm había reflexionado sobre la cuestión en diversas ocasiones. En su primera aproximación histórica a la temática de las naciones y el nacionalismo, Hobsbawm sostiene que la Revolución Francesa ofreció el primer modelo, el concepto y el vocabulario del nacionalismo. La identificación del “pueblo” con la “nación” francesa en tanto portador de la voluntad general, no sólo implicó un concepto radicalmente nuevo de soberanía sino que permitió la consolidación de la hegemonía burguesa. Si en un principio los revolucionarios franceses no concebían que sus intereses chocaran con los de otros pueblos, de hecho, la rivalidad y subordinación nacional se encontraban implícitas en el nacionalismo “al que el burgués de 1789 dio su primera expresión oficial.”<sup>28</sup> Tras los intentos revolucionarios de 1830, el as-

26 Ídem, p.324.

27 Entrevista de Jorge Halperín a Eric Hobsbawm, en *Clarín*, Buenos Aires, 2 de enero de 1994.

28 *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, Labor, 1987 (1962), p.114 - 115.

censo del nacionalismo y la aparición de diferencias en las aspiraciones revolucionarias de cada país terminaron con el internacionalismo unificado al que apuntaban los revolucionarios de la época de la restauración, en consonancia con la emergencia del romanticismo. Esta descentralización del movimiento revolucionario determinará que en 1848 las naciones se levanten por separado, aunque el estímulo para su simultánea erupción procediera todavía de Francia.<sup>29</sup> A la base de la explicación de Hobsbawm de la emergencia del nacionalismo en la primera mitad del siglo XIX se encuentra una combinación –marcada por el énfasis en la comprobación empírica– de análisis de clases y de los efectos de la alfabetización. Allí donde los intereses de clase se opusieron al absolutismo, en particular en los imperios multinacionales, era natural que el descontento se expresara en términos nacionales, mientras que sectores como el de los comerciantes o industriales, cuyos intereses no se contraponían en general al *statu quo*, prefirieran las ventajas de los grandes mercados a las limitaciones nacionales. A la vanguardia de los movimientos nacionalistas se ubicaban los estratos profesionales bajo y medio, los administrativos y los intelectuales, en suma, las clases educadas. El sorprendente progreso de la educación en el período permitió que, pese a que el número de personas educadas continuara siendo escaso –en toda Europa no había más que 40.000 estudiantes universitarios en 1848– un importante núcleo de personas educadas ocupara roles destinados antes a pequeñas elites. Con ello, los idiomas nacionales se impondrán a partir de sus usos periodísticos, literarios o científicos mediante su difusión a través de la imprenta. Los conflictos respecto a la lengua a utilizarse para fines oficiales y educativos no tardarán en consolidar la posición de los movimientos nacionalistas. Paralelamente, entre el grueso de las masas analfabetas –la amplísima mayoría de la población– la referencia identitaria más poderosa la constituía la religión más que cualquier criterio político.<sup>30</sup> Allí donde los efectos de la doble revolución no se hicieron sentir es imposible hablar, según Hobsbawm, de nacionalismo. Donde existieron movimientos contra la dominación occidental en este período, su inspiración debe hallarse en fuentes tradicionales y no modernas. En sus trabajos de comienzos de la década de 1970, Hobsbawm enfatiza en el carácter fabricado de las naciones –“invento histórico de los últimos doscientos años”<sup>31</sup>– destacando la función del estado en la construcción de la uniformi-

---

29 Ídem, p.219.

30 Íbidem, pp. 239 - 251.

31 “De la historia social a la historia de la sociedad” aparecido originalmente en *Daedalus* en 1971 y publicado en español en *Marxismo e Historia Social*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

dad nacional, mediante el sistema educativo, la burocracia y el servicio militar obligatorio, obligando así a las minorías a optar entre la asimilación a la cultura de la nación dominante en el estado o a construir su propio nacionalismo.<sup>32</sup>

De tal modo, tanto Hobsbawm como Nairn se inscriben en la tradición “modernista” de análisis, que afirma la naturaleza construida y moderna de la nación y entiende que nacionalismo y naciones sean componentes intrínsecos de un mundo moderno capitalista, industrial y burocrático.<sup>33</sup> Sin embargo, las consecuencias políticas de las afirmaciones de Nairn trazan un abismo entre ambos intelectuales, por lo que en su crítica a *The Break up of Britain*, la refina da erudición de Hobsbawm se combina con la diatriba, reemplazando en ocasiones la reflexión por una inmoderada crítica, desarrollada desde una posición cercana a la de un celoso guardián de la ortodoxia leninista. Es desde este rol que le recuerda a su adversario que “*Los marxistas, como tales, no son nacionalistas*”,<sup>34</sup> ni en la teoría ni en la práctica, dado que por definición el nacionalismo subordina todo interés al de su nación específica. Por lo tanto, llegar a un acuerdo con el hecho político del nacionalismo y definir las actitudes hacia el mismo debe ser más un problema de juicio pragmático ante circunstancias cambiantes que una cuestión de principios teóricos. Siguiendo el criterio enunciado por Lenin, Hobsbawm señala que tal juicio se debe gobernar por el análisis de la relación de los movimientos nacionalistas particulares con el avance de la causa del socialismo y la posibilidad de movilizar a estos movimientos como una fuerza que colabore en tal dirección.

En este sentido, Hobsbawm reivindica la trayectoria del leninismo, por la asociación que permitió entre el marxismo y la liberación nacional en muchas partes del mundo, el apoyo a los movimientos nacionales considerados “progresistas” y la aceptación como cuestión de principio del “derecho a la autodeterminación de los pueblos”. Esto no le impide reconocer, no obstante, que sólo en contadas ocasiones los marxistas lograron la conducción de los movimientos nacionalistas, y en muchos casos se han visto subordinados, absorbidos o relegados por el nacionalismo no marxista o antimarxista. En consonancia con tal posición, Hobsbawm critica a Nairn por deducir del postulado que sostiene que la multiplicación de Estados independientes hasta un término indefinido es un producto inevitable del desarrollo desigual del capitalismo, la necesidad de

32 *La era del capitalismo*, Madrid, Guadarrama, 1977 (1975); pp.132 - 147.

33 Anthony Smith, “Nationalism and the historians” en: *International Journal of comparative Sociology*, XXXIII, 1-2, (1992), p.59. y del mismo autor, “¿Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la reconstrucción de naciones”, en *Zona Abierta*, 79, 1997, p.47.

34 “Socialismo y nacionalismo...”, p.98.

que esto deba aceptarse como el marco establecido e ineludible de las aspiraciones socialistas. “Esto puede ser así o no, pero sólo puede convertirse en una fuerza acogida por los socialistas como tales bajo el supuesto no contrastado de que el separatismo es, en sí mismo, un paso hacia la revolución”.<sup>35</sup> Por lo tanto, sostiene Hobsbawm, el problema que para los marxistas presenta esta posición radica en que no hay manera de convertir la multiplicación de Estados-nación, como tales, en un mecanismo histórico para generar el socialismo.

La posición de Hobsbawm en torno al problema de la formación de naciones tiene como punto de partida las lecturas más clásicas del marxismo. Mientras el Estado-nación del siglo XIX desempeñó un papel crucial para el desarrollo del capitalismo, creando el mercado interno y las condiciones externas para el desarrollo de la economía nacional mediante la organización y la acción estatal, la balcanización del mundo de los estados en el siglo XX refleja un cambio en el capitalismo mundial: la relativa decadencia de las grandes formaciones estatales como piedra angular de la economía mundial. En efecto, el auge de las transnacionales y de la administración económica internacional ha transformado tanto la división internacional del trabajo como el criterio de viabilidad estatal, permitiendo la emergencia de movimientos separatistas. Independientemente de los méritos de cualquier causa nacional concreta, concluye, la fragmentación favorece el poder de las multinacionales, mientras el separatismo refuerza la presunción de que la independencia estatal es el procedimiento normal para satisfacer las exigencias de cualquier grupo con alguna reivindicación nacional. Tal presunción descarta las numerosas formas de combinar la unidad nacional con formas de descentralización, delegación de poderes o federalismo y elude el problema de como organizar la coexistencia actual de diferentes grupos étnicos, raciales, lingüísticos u otros en zonas indivisibles, lo que constituye más la norma que una excepción.

Si el nacionalismo es una ideología que crea naciones donde no las había y si la nación es un artefacto cultural, una construcción moderna que apela para su legitimación a la historia, no todos los grupos diferenciados construyen naciones o nacionalismos, por lo que suponer lo contrario, sería aceptar al nacionalismo en sus propios términos, actitud que según Hobsbawm asume Nairn. Por ende, si no todas las naciones están destinadas a formar estados, el argumento para la formación de cualquier estado nación siempre deberá ser *ad hoc* y no puede, por lo tanto, existir una teoría general explicativa capaz de dar cuenta de

---

35 Ídem, p.106.

la formación de cada una de las naciones. Por otra parte, Hobsbawm destaca un problema lógico: aceptar la multiplicación de estados tiene una consecuencia final, que es asumir que el mundo puede subdividirse en un número infinito de micro-naciones homogéneas, lo que no es real, y aunque lo fuera, el resultado no sería necesariamente un mundo de Estados-nación.

No es de extrañar, entonces, que las previsiones del historiador inglés para el futuro consistan, en línea con el evolucionismo marxista, en una esperanza en la disolución de las naciones: “Si [los socialistas] tienen alguna imagen histórica del orden internacional de un futuro socialismo mundial, ciertamente ésta no es la de un mosaico homogéneo de Estados-nación soberanos grandes o –como podemos ver ahora– principalmente pequeños, sino la de algún tipo de asociación o unión organizativa de naciones, que posiblemente procederán a la disolución final de lo nacional en una cultura humana global –aunque esta acotación raramente ha gozado de mucha confianza desde el *Manifiesto*.”<sup>36</sup> En esta óptica, el verdadero peligro para los marxistas es la tentación de acoger el nacionalismo como una ideología y un programa en vez de aceptarlo como un hecho, ya que tal conversión implicaría el abandono de los valores de la Ilustración y la razón.

#### IV

En *Naciones y Nacionalismo* Hobsbawm incorporará su trabajo anterior a una trama más amplia y específica. Advirtiendo que las definiciones objetivas de nación han fracasado porque siempre es posible encontrar casos que no se encuadren en ellas, y que las subjetivas –ya sean colectivas, como la consideración de Renan de la nación como un “plebiscito cotidiano” o individuales, al estilo austromarxista– son por definición tautológicas, Hobsbawm toma como supuesto inicial el tratar como nación, apelando a la intersubjetividad, a cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren ser connacionales, criterio que no puede determinarse consultando con autores o portavoces políticos que reivindicquen el status de nación para tal grupo, ya que el uso del vocabulario del nacionalista, por su vaguedad, poco puede aportar.

El programa de Hobsbawm parte de la base de que es más provechoso comenzar con el concepto de nación y sus transformaciones que con la realidad que representa, ya que mientras “...la ‘nación’ tal como la concibe el nacionalis-

---

36 Ídem, p.100.

mo puede percibirse anticipadamente, la ‘nación’ real sólo puede reconocerse a posteriori”.<sup>37</sup>

El término “nacionalismo” es empleado por Hobsbawm en el sentido que le da Gellner,<sup>38</sup> para referir a un principio que afirma que la unidad política y nacional debería ser congruente. El autor sostiene que este principio da a entender que el deber político de los habitantes para con la organización política que engloba y representa a la nación se impone a todas las demás obligaciones públicas, y en casos extremos, como la guerra, a todas las demás obligaciones. Esto distinguirá al nacionalismo moderno de otras formas menos exigentes de identificación nacional o de grupo.

El problema nacional, afirma el historiador marxista, se sitúa en la intersección de la política, la tecnología y la transformación social. Las lenguas nacionales estandarizadas no pueden aparecer como tales antes de la imprenta, la alfabetización de masas y la escolarización. Por tal motivo, son fenómenos duales, contruidos esencialmente desde arriba, pero incomprensibles si no se consideran también desde abajo en términos de los anhelos, esperanzas y necesidades de las personas normales y corrientes, no necesariamente nacionales ni nacionalistas.

Tras recorrer las tres tradiciones nacionalistas que distingue, la radical-democrática, la liberal burguesa y la apoyada en criterios étnicos, Hobsbawm rastrea en la historia europea los lazos protonacionales que expliquen ciertos sentimientos de pertenencia colectiva que podrían operar para la consolidación de las naciones modernas, cuyo criterio más decisivo es “la conciencia de pertenecer o de haber pertenecido a una entidad política duradera”,<sup>39</sup> descartando otros como la religión, la etnia o el idioma.

Sin embargo, como bien ha señalado Hilda Sábato, la preocupación de Hobsbawm por desacralizar al nacionalismo no alcanza para entender porque este caló tan hondamente en las masas populares.<sup>40</sup> A lo largo de los siglos XIX y XX, Hobsbawm delinea dos grandes corrientes dentro del nacionalismo: Una popular, encarnada primero en el jacobinismo y los movimientos revolucionarios de 1830 y 1848, más tarde en el proletariado europeo<sup>41</sup> y por último en la lucha

---

37 Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1995, p.17.

38 Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, México, Alianza, 1991, (1983), p.13.

39 Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo...*, p.81.

40 Hilda Sábato, “¿Qué es una nación?”, en: *Punto de Vista*, N° 41, diciembre de 1991, p.31.

41 En trabajos anteriores, Hobsbawm había sostenido que la conciencia de clase de los trabajadores se articuló históricamente de una manera no antagónica con sanas formas de patriotismo y nacionalismo. Cf. “¿Cuál es el país de los trabajadores?” en: *El Mundo del Trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera* y “Los efectos de la Guerra de Malvinas”, en: *Política para una izquierda racional*, p.53

antifascista y anticolonialista; y otra reaccionaria cuyos sostenedores son siempre los sectores medios. Con esta operación, Hobsbawm salva a los sectores populares de los pecados del nacionalismo de derecha, al costo de una mistificación que impide pensar la reiterada adhesión obrera y popular a esta forma de nacionalismo.<sup>42</sup> Al concluir *Naciones y Nacionalismos*, las previsiones de Hobsbawm eran optimistas: El nacionalismo ha dejado de ser la fuerza histórica que fue entre la Revolución Francesa y la descolonización. La actual fase de afirmación del “grupo étnico” no tiene un programa político ni es realista en vista de los fenómenos culturales del fin de siglo, su desafío a los estados nacionales existentes, inevitablemente pluriétnicos y multilingüísticos, no es más que una mera construcción ideológica. No obstante, la fuerza de los sentimientos que delimitan a un “nosotros” de un “ellos” no puede negarse, aunque los fenómenos de xenofobia y racismo representan poco más que un grito de angustia o de furia, un síntoma de enfermedad más que un programa para el futuro. El mundo del siglo XXI, según Hobsbawm: “Será en gran parte supranacional e infranacional, pero incluso la infranacionalidad, se vista o no de mininacionalismo, reflejará el declive del antiguo Estado-nación como entidad capaz de funcionar.” Así, ante la nueva reestructuración supranacional del globo, “Las naciones y el nacionalismo estarán presentes en esta historia, pero interpretando papeles subordinados y a menudo bastante insignificantes” Hobsbawm concluye entonces que los éxitos de la investigación histórica en el análisis de las naciones y el nacionalismo “induce a pensar que el fenómeno ya ha dejado atrás su punto más alto. Dijo Hegel que la lechuza de Minerva que lleva la sabiduría levanta el vuelo en el crepúsculo. Es una buena señal que en estos momentos esté volando en círculos alrededor de las naciones y el nacionalismo”.<sup>43</sup>

En los años siguientes, el recrudecimiento de los conflictos étnicos y nacionales en Europa demostraron que el pronóstico de Hobsbawm no podría haber sido más equivocado, y su posición cambió radicalmente. En su conferencia de 1992 en la *American Anthropological Association*, Hobsbawm sostendrá que ante la desorientación social producida por los recientes cambios mundiales, la nacionalidad o la etnicidad aparece en el imaginario de sociedades conmovidas por las transformaciones como la última garantía cuando la sociedad falla: “¿Y cómo saben los hombres y las mujeres que pertenecen a una comunidad? Porque ellos pueden definir a los otros que no pertenecen, que nunca podrán perte-

42 Hilda Sabato, op. cit., p.32.

43 Eric Hobsbawm, *Naciones y...*, pp.201 -202.

necer. En otras palabras, por la xenofobia. Y porque vivimos en una era en la que todas las otras relaciones y valores humanos están en crisis, o al menos en que todo parece ser un viaje hacia un destino incierto y desconocido, la xenofobia parece convertirse en la ideología de masa de los finales del siglo XX. Lo que hoy mantiene a la humanidad junta es la negación de lo que la raza humana tiene en común.”<sup>44</sup>

En la misma dirección, pocos años después reducirá a las identidades étnicas o similares en las sociedades urbanas a un rol competitivo con grupos similares por una participación en los recursos del Estado.<sup>45</sup> Las identidades étnicas no sólo despliegan su potencial xenófobo, entonces, fuera de Occidente, sino que se instalan bajo la forma de identidades primordiales, en el corazón del mundo desarrollado.

Más allá del carácter optimista o pesimista de sus conclusiones, la perspectiva de análisis de Hobsbawm parte de unos supuestos implícitos que han sido recientemente puestos de relieve. Al sostener que “ningún historiador serio de las naciones y el nacionalismo puede ser un nacionalista políticamente convencido” debido a que el nacionalismo “requiere creer demasiado en lo que es evidente que no es como se pretende”<sup>46</sup> —y siendo un intelectual definido por su internacionalismo— Hobsbawm celebra no haber tenido que dejar sus convicciones no históricas de lado para abordar el problema. Tal afirmación — como sostiene Elías Palti— tiende a engendrar en el historiador la ilusión de encontrarse libre de toda presión ideológica.<sup>47</sup> Sin embargo, su discurso no puede sino partir de unos presupuestos frente a los que la teoría permanece ciega. Tal es el caso de sus criterios clasificatorios: el nacionalismo progresista es aquel que acompaña los procesos de centralización y afirmación de los Estados nacionales, mientras el reaccionario, tuvo un carácter esencialmente divisivo e irracional. Tales afirmaciones no se desprenden de la comprobación empírica sino de una idea teleológica según la cuál la humanidad tiende a una progresiva integración.<sup>48</sup>

---

44 Eric Hobsbawm, “Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy”, en: Álvaro Fernández Blanco (comp.), *La invención de la nación*, Buenos Aires, Manantial, 2000, p.184.

45 Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, pp.425 - 428.

46 Eric Hobsbawm, *Naciones y...*, p.20.

47 Elías Palti, *La nación como problema, Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, F.C.E., p.12.

48 Ídem, pp, 96-97. Para el desarrollo de este argumento Palti recurre a Anthony Smith, “Nationalism and the historians”, op. cit.

Las fuentes de estos supuestos pueden detectarse al menos en dos tradiciones. Por un lado, de la herencia del marxismo clásico con su tesis de la progresividad de la gran nación,<sup>49</sup> que lo lleva a percibir a los nacionalismos separatistas como una pura supervivencia irracional. Si bien en su obra Hobsbawm muestra con claridad la importancia de la *tradición inventada* en la conformación de las identidades nacionales de los viejos estados, el mismo proceso aplicado a los nuevos separatismos resulta en su óptica inaceptable. No podría existir una justificación de la diferencia entre ambos juicios a menos que se recurra a tales supuestos teleológicos. También esta es la causa por la cual, cuando aparecen “anomalías” históricas, como la participación de la clase obrera en movimientos nacionalistas de extrema derecha, Hobsbawm prefiera ignorarlas. Por otro lado, Hobsbawm se inscribe en el marco de una larga tradición del medio intelectual británico, inclinado a subordinar el derecho de autodeterminación nacional al principio de integridad de los estados sobre la base del pluralismo étnico y cultural.<sup>50</sup> Sin embargo, esta fórmula deja de lado, el recurrente dilema acerca del *locus* de la soberanía en las ocasiones en que las poblaciones involucradas ponen en duda tal principio.

## V

Entre los años de la publicación de *The Break up of Britain* y el desplome de la URSS, Nairn publicó numerosos artículos sobre diversas temáticas —el tatcherismo, el Partido Nacionalista Escocés, el antirepublicanismo de la cultura política británica— y el libro *The Enchanted Glass: Britain and its Monarchy*,

---

49 Para un examen de los supuestos de la tradición marxista frente al nacionalismo, ver: Ephraim Nimni *Marxism and Nationalism. Theoretical origins of a political crisis*, London & Bowlder, Pluto Press, 1991.

50 E. Palti, “El enfoque antigenealógico de la nación y sus descontentos. El dilema de Hobsbawm”, en: *El Rodaballo*, 2ª época, año 2, N° 4, 1996, p. 20. Lord Acton señaló en 1864 el potencial absolutista del principio de la nacionalidad como fundamento del orden estatal, ya que en su concepción: “La coexistencia de varias naciones en un mismo Estado constituye una prueba, como también más afianzada seguridad, de su libertad. Es también uno de los instrumentos esenciales de civilización; y como tal, es el orden natural y providencial e indica un Estado más avanzado que la unidad nacional [...] La teoría de la nacionalidad, por lo tanto, es un paso retrógrado en la historia” Lord Acton, “Essays on Freedom and Power”, en: H.Kohn, *El nacionalismo. Su significado y su historia*, Buenos Aires, Paidós, 1966, pp.170-171. La excepción más notable al respecto la constituye sin duda la obra de John Stuart Mill, quien ha sostenido que es condición necesaria para el establecimiento de instituciones libres que los límites de los estados coincidan con los de las nacionalidades, aún reconociendo que son prácticamente inexistentes los países de población homogénea y destacando las ventajas para las naciones “atrasadas” de fundirse en el seno de las más “civilizadas y cultas” J. S. Mill, *Del Gobierno representativo*, Madrid, Tecnos, 1994, pp.186-187.

sobre la función de la monarquía en relación a la decadencia británica.<sup>51</sup> Pero desde comienzos de la década de 1990 Nairn retornó a la cuestión del nacionalismo en una serie de artículos en *The New Statesman and Society*, *New Left Review*, *Dissent*, *Daedalus*, y *The London Review of Books*. Una parte significativa de los ensayos de Nairn de la década de 1990 fue compilada en *Faces of Nationalism*, libro publicado en 1997.<sup>52</sup>

En estas intervenciones, Nairn respondía a la emergencia de los nuevos movimientos nacionalistas en Europa del Este y la desaparecida URSS. Más precisamente, intentaba responder a lo que llamaba la “paranoia” de los intelectuales occidentales ante las nuevas erupciones nacionalistas, y la caracterización del conflicto de los Balcanes como guerras tribales “atávicas” y “hobesianas”. El autor del principal trabajo crítico sobre la obra de este intelectual escocés ha señalado sobre la oportunidad de estas intervenciones que “Nairn eligió el que otros podrían considerar el momento más inapropiado —el punto más alto de la ‘limpieza étnica’ en Bosnia Herzegovina— no sólo para explicar y defender el nacionalismo, sino para convertirse el mismo en un nacionalista”.<sup>53</sup> Cocks destaca —con acierto— la significativa metamorfosis de las ideas de Nairn desde sus anticipaciones de la desintegración británica en la década de 1970 hasta la efectiva desintegración de la URSS en la década de 1990. Para explicar la nueva oleada de nacionalismo Nairn conserva en muchos aspectos los argumentos de su libro anterior, sobre todo los relativos al desarrollo desigual y la modernización como claves explicativas, y al carácter dual del nacionalismo. Sin embargo, Nairn une estas ideas familiares con otras que alteran el carácter político y las implicaciones de sus posiciones anteriores, fundamentalmente al sostener que no existe alternativa al capitalismo y extremar su condena al internacionalismo.

En relación al primer aspecto, Cocks afirma que aunque en *The Break Up of Britain* Nairn postulaba un futuro socialista, su dialéctica lo conduce a un destino kafkiano, una postergación indefinida en la que la contradicción entre centro y periferia se resuelve perpetuamente dentro del sistema capitalista mundial. Considerando la visión de Nairn del nacionalismo como una respuesta al desarrollo desigual del capitalismo, y dado que aquel es inherente al capitalis-

---

51 Significativamente, la única referencia de Hobsbawm a Nairn a lo largo de *Naciones y Nacionalismos desde 1780* es una irónica nota al pie sobre este libro. (p.95)

52 Tom Nairn, *Faces of Nationalism. Janus Revisited*, London - New York, Verso, 1997.

53 Joan Cocks, “Fetishing Ethnicity, Locality, Nationality: The curious case of Tom Nairn” *Arena Journal*, no. 10 (new series), 1998. Neil Davidson (op. cit.) coincide en señalar que en sus ensayos de la década de 1990 Nairn abandona toda perspectiva socialista para abrazar sin más el nacionalismo. Sin embargo el intelectual escocés continuó publicando sus intervenciones en publicaciones y editoriales de izquierda.

mo, el internacionalismo revela su imposibilidad: no resulta una disolución de las barreras nacionales, sino un pretexto para las ambiciones de los grandes poderes mundiales. Sin embargo, esta implicancia lógica probablemente no advertida ni deseada en la década de 1970, cede el paso en su segunda etapa a afirmaciones en las que el socialismo sencillamente desaparece del horizonte, ya que el nacionalismo aparece ahora como motor del desarrollo económico y el progreso industrial en una perspectiva en que el capitalismo se presenta como la única posibilidad para el futuro humano. De tal manera, en el mismo artículo en que Nairn festeja que el resurgimiento de los movimientos nacionalistas hubiera dado por tierra con las previsiones sobre el “Fin de la Historia” de Francis Fukuyama, y arrasado el triunfalismo del Departamento de Estado,<sup>54</sup> sostiene que el nacionalismo surge de las condiciones provistas por el generalizado y *crónico* desarrollo desigual, “el único tipo desarrollo que el capitalismo permite. El único modo, y el modo que fue *final y definitivamente* establecido desde 1989 como la única matriz para la evolución futura.” En tal perspectiva, Nairn considera al nacionalismo tan inseparable del progreso como “la modernidad, la democracia y el desarrollo capitalista”.<sup>55</sup> Abandonada la perspectiva estratégica en la que el nacionalismo separatista aparece como un instrumento para una lucha anticapitalista más amplia, y ante la desaparición de modelos de sociedad alternativas al capitalismo, a los socialistas sólo les resta elegir a que tipo de capitalismo adherirán.<sup>56</sup>

La segunda transformación en la perspectiva de Nairn reside en el carácter de su crítica al internacionalismo, ya que mientras en *The Break Up of Britain* reprochaba al socialismo el uso mitologizado del concepto, en sus nuevos ensayos el feroz ataque contra el internacionalismo y el cosmopolitismo se convierten en el corazón de su argumentación. Nairn distingue dos conceptos: *Internacionalidad* (Internationality) e *internacionalismo*. El primero refiere a la tendencia creciente a la formación de un mercado capitalista mundial, la difusión mundial de los nuevos medios de producción y de las relaciones sociales de producción capitalistas.<sup>57</sup> El *internacionalismo* no es un reflejo de la *internacionalidad*, sino un conjunto de reacciones frente al nacionalismo, en parte defensivas, en parte disfrazadas, en parte adaptativas. Desde la caída del

---

54 Tom Nairn, “Demonising Nationality”, en: *Faces of Nationalism*, p.58. Publicado originalmente en *London Review of Books*, vol. 9, N° 4, 1993.

55 Ídem, p.66.

56 Tom Nairn, “Internationalism and the Second Coming”, en: Gopal Balakrishnan (ed.), *Mapping the Nation*, London-New York, Verso/New Left Review, 1996. El artículo fue publicado originalmente en 1993 en *Daedalus*.

57 “Internationalism: a critique”, en: *Faces of Nationalism*, p.26.

Imperio napoleónico, las visiones del mundo nacionalistas e internacionalistas han coexistido en permanente tensión, como productos gemelos de un mismo proceso histórico.<sup>58</sup>

La forma política dominante producida por la internacionalización es el nacionalismo: “no la prescrita por la lógica del sentido común del internacionalismo, sino la ilógica, refractaria, desintegradora, particularista verdad del estado nacional”.<sup>59</sup>

El internacionalismo, afirma Nairn, ha evitado reconocer esta verdad, como parte de una visión del mundo muy hondamente arraigada entre los intelectuales de Occidente. Así como el nacionalismo es la compleja respuesta –no natural sino artificial, pero necesaria– a las alteraciones introducidas por la internacionalización, el internacionalismo es otra reacción a los mismos factores. “Como el nacionalismo, es más ambiguo y complicado de la autoimagen que genera.”<sup>60</sup> El internacionalismo resulta para Nairn tan nuevo como el mundo de identidades nacionales en que habita. Es la permanente y polémica denuncia de ciertos aspectos esenciales de este mundo, y la permanente y defensiva afirmación de ciertos contravalores, los valores atribuidos (arbitrariamente) a la internacionalidad. Estos atributos inter o supranacionales tuvieron, naturalmente, distintos contenidos. El internacionalismo liberal los ve como rasgos inherentes al capitalismo de libre mercado, y el internacionalismo proletario y socialista como principios que oponer al capitalismo. Aparece aquí entonces la crítica a la complaciente autoimagen del internacionalismo: “Los prejuicios del nacionalismo [...] son fáciles de detectar. Sin embargo, los del internacionalismo lo son menos. Un nacionalista (o aun un pannacionalista) habla, por definición, desde un lugar, el internacionalista, en cambio, no habla desde ningún lugar particular”, pero lo hace en nombre de la ciencia y la civilización.<sup>61</sup> Nairn niega que exista relación alguna entre internacionalismo y el cosmopolitismo, al haber desaparecido desde el siglo XIX las bases sociales que posibilitaban la existencia real del cosmopolitismo.<sup>62</sup> De tal modo, el internacionalismo no puede ser otra

---

58 Tom Nairn, “Internationalism and the Second Coming”.

59 “Internationalism: a critique”, p.27.

60 Ídem, p.28.

61 “Internationalism and the Second Coming”, p.268.

62 El cosmopolitismo refleja las circunstancias de la elite preindustrial, convencida de que representaban la vanguardia de una civilización internacional. Como notó Edward Burke, este estrato compartía un sistema de modales y educación similar en esta parte del globo, que hacía que en el siglo XVIII ningún ciudadano de Europa se sintiera en el exilio en ninguna parte del continente. Las clases altas ilustradas del siglo XVIII proveyeron el último grupo social semi internacional que podía dar sustento social a esa idea. Pero en el siglo XIX se introdujeron a un mundo de naciones y guerras. Después de ello, solo grupos descolocados y marginales e intelectuales –particularmente los intelectuales judíos– proveyeron alguna base para ello. “Internationalism: a critique”, p.29.

cosa que la ideología más afín a los intereses de clase de los intelectuales occidentales, que creyendo ponerse al servicio de la humanidad, resultan en definitiva favorables a los intereses de las grandes potencias.<sup>63</sup> Tal proceso comenzó en Francia e Inglaterra, con su convicción de que estaban exportando no el imperialismo sino la revolución y el progreso industrial. Los pueblos particulares centrados en París y Londres se veían como misioneros de la civilización, que introducirían a los aborígenes en lo internacional. “Pero en la realidad, nadie había perdido su naturaleza aborígen”. Los internacionalistas rechazaron, naturalmente el imperialismo, aunque sus parámetros analíticos continuaron siendo metropolitanos. Tampoco la evidencia de 1914 logró conmover la creencia socialista acerca de la primacía de la clase sobre la nación. El ejemplo mayor de la apropiación del internacionalismo fue el del Estado Soviético, momento en que —a través de la Tercera Internacional— aquel principio se transformó en sirviente de los intereses nacionales de una gran potencia.<sup>64</sup>

En este contexto, Nairn replica las críticas que Hobsbawm le había formulado en *Socialism and Nationalism*, señalando que pese a que el historiador inglés, en su “reciente defensa del leninismo” reconoció que “los marxistas han debido ampliar continuamente la categoría de movimientos nacionales reconocidos como progresivos (o progresivos por un tiempo, o no tan malos, o con aspectos favorables)” hasta incluir la gran mayoría de los movimientos nacionales del siglo XX; el principio defendido por Hobsbawm permanece ileso ante la avalancha de excepciones, anomalías y compromisos, en una fidelidad a la ortodoxia inmune ante la evidencia empírica.<sup>65</sup> Nairn cuestiona el lugar de enunciación de Hobsbawm —como al de todo internacionalista— al señalar que si el nacionalismo “es el intento de levantar el propio bosque al plano del reconocimiento internacional”, los internacionalistas “son árboles de algún bosque particular”.<sup>66</sup> Nairn retoma el ejemplo de los microestados postulados por Hobsbawm como consecuencias últimas del planteo del escocés para destacar que aún en ellos podrán existir tendencias secesionistas de los grupos minoritarios, formulados desde la habitual retórica etnonacionalista, a los que los miembros de los grupos mayoritarios —en particular la izquierda y los intelectuales— refutaran con argu-

63 En un ensayo posterior, Nairn relaciona al internacionalismo no sólo con el interés de clase de las elites metropolitanas sino también a la característica antipatía de la izquierda europea a las diferencias étnicas, su “deseo desesperado de que el progreso no se construye sobre la variedad étnica sino divorciada de ésta”. Does Tomorrow Belong to the bullets or the Bouquets?. En: *Borderlands: nations and nationalism, culture and community in the new Europe*, suplemento especial de *The New Statesman and Society*, 19 de junio de 1992, 30 citado en Joan Cocks, op.cit.

64 “Internationalism : a critique”, pp.42 - 43.

65 Ídem, p.40.

66 Ibídem, p.41.

66 Ibídem, p.41.

mentos internacionalistas. Sin embargo, desde la perspectiva de los grupos minoritarios, estos argumentos no podrán ser vistos sino como una justificación *del statu quo* e intereses particularistas del grupo mayoritario (que incluyen continuar denegando las aspiraciones secesionistas). Concluye Nairn que cuando los voceros internacionalistas decretan que las ambiciones de tal región o minoría se deben subordinar al Movimiento General, o a la lucha internacional de clases, o simplemente a la revolución, se afirma sin decirlo que el único lugar en que tales tendencias pueden tener curso es en la ciudad capital, ya que la perspectiva metropolitana contiene profundas implicancias: “La ciudad capital, en este sentido, es un artefacto que transforma a los humildes aborígenes en universalistas [...] Esto alienta la fatal convicción de que uno ya no es un cualquiera (un nativo de Coburgo, un francés, un estadounidense) sino un agente especial emparentado con Superman y el *Zeitgeist*, que alcanza la apoteosis en contacto con los Olímpicos.”

Poco después de aparecido *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Nairn publicó una feroz crítica al internacionalismo, en buena medida dirigido contra la obra de Eric Hobsbawm.<sup>67</sup> Nairn señala que aquel libro justificó la paranoia ante el nacionalismo, y que su intento de exorcizar el fenómeno —al afirmar que su fin está próximo— resultaba de una incompreensión de su naturaleza íntimamente vinculada al desarrollo desigual del capitalismo. Por ello afirmaba —siguiendo a Gellner— que el proceso no tiene un final próximo, y que la alternativa al desarrollo nacional no es el internacionalismo, sino alguna forma de imperio. Bajo esta misma lógica, Nairn sostenía que Hobsbawm se equivocó al considerar al período 1918-1950 como la del apogeo del nacionalismo. Los conflictos del período, afirmaba, no fueron una implicación lógica del intento wilsoniano post 1918 de crear una Europa de naciones sino de su fracaso. En este sentido —y modificando su posición frente al fascismo como paradigma del nacionalismo, sustentada en los años anteriores— sostiene que aunque basado en un nacionalismo exacerbado y un deseo de venganza, la búsqueda de un lugar bajo el sol para Alemania se convirtió pronto en una cruzada universalista de dominación del mundo que, si hubiera triunfado, hubiera esclavizado a los grupos étnicos dominados o convertido a sus estados en títeres del nazismo.<sup>68</sup>

---

67 “The owl of Minerva” en: *Faces of Nationalism*, publicado originalmente bajo el título “Beyond Big Brother” en *The New Statesman*, 15 de junio de 1990.

68 “The Owl of Minerva”, p.51. En un trabajo posterior (“The curse of rurality” en: *Faces of Nationalism*) Nairn sostiene que el potencial genocida del nacionalismo se vincula con la transición que convierte a grupos étnicos campesinos en naciones. Sin embargo, tal aserción no resiste la evidencia empírica, a menos que se excluya al nazismo de la categoría del nacionalismo. Para una crítica al respecto, véase: Neil Davidson, op. cit.

Nairn señala que tras el empirismo de Hobsbawm se esconde una línea interpretativa arbitraria. Por ello, nada de lo bueno de los movimientos nacionales deja de derivarse de otras fuentes de inspiración (casi siempre el internacionalismo) mientras todo lo malo es iluminado como típico, y atribuido a la pequeña burguesía, siempre sospechosa de abrazar un nacionalismo de derecha.<sup>69</sup> Sin embargo, este reduccionismo de clase muestra sus límites ante el caso de Europa del Este a fines del siglo XX, donde es difícilmente reconocible una pequeña burguesía similar en las filas de los movimientos nacionalistas.

Por último, Nairn discute la afirmación de Hobsbawm sobre la imposibilidad de reconstruir un orden mundial sobre la base del nacionalismo, descalificando esta afirmación como “propia de los notables de París, Londres y Washington” y señalando que ninguna reestructuración que surja de los movimientos nacionales puede ser peor que el orden de la guerra fría, el stalinismo y el peligro latente de una guerra nuclear.<sup>70</sup>

Sin negar los males del nacionalismo étnico –y apostando por una rápida transformación en los términos del nacionalismo cívico– Nairn encuentra como motivos para ser optimista el potencial democrático y de desarrollo que encierran los movimientos nacionales. Pese a considerar que el carácter democrático no libra al nacionalismo de errores y atrocidades, concluye que, en contraste, lo que garantiza todas las formas de regresión y la reanimación de los costados menos deseables de la etnicidad es la resurrección de “la antigua fórmula del supranacionalismo”.<sup>71</sup>

## VI

“El nacionalismo es inseparable de los procesos de industrialización y modernización socioeconómica. Lejos de ser un obstáculo irracional al desarrollo, fue para muchas sociedades la única vía posible de entrada al sendero del desarrollo, el único modo en que podían competir sin ser colonizados ni aniquilados. Si se volvían al pasado (figurativamente a “la sangre”) en sus luchas por la

69 Ídem, p.52.

70 Ibídem, p. 54.

71 Ídem, p.55. Nairn aprecia positivamente la emergencia de nuevos microestados. Sugiriendo que el problema de la escala de los estados no fue adecuadamente considerado, ya que debe hacerse como una cuestión estructura y funcionalidad, afirma que desde el fin de la guerra fría y la disolución de la URSS, las condiciones cambiaron de modos favorables a la existencia, la prosperidad y la proliferación de microestados. El argumento central es que la transnacionalización de la economía y en particular de las finanzas han provocado una pérdida del poder regulatorio de los Estados nacionales –aún en el caso de grandes Estados, como el inglés– por lo que la crítica de la funcionalidad de los Estados minúsculos ante el gran capital ha perdido su sentido. “Microstates” en *Faces of nationalism*.

modernización, se debió básicamente a la necesidad de mantenerse intactos, como una palanca que los introdujera en el futuro. Permanecer intactos, obteniendo un nuevo grado de cohesión social y cultural, se hizo necesario por la industrialización –aún, como en tantos casos– por la distante esperanza en la industrialización. El *ethnos* ofrece la única forma de asegurar la cohesión necesaria para afrontar esos propósitos compartidos”.<sup>72</sup>

Si este párrafo sintetiza admirablemente los postulados de Nairn, también permite considerar con claridad los supuestos en los que se basa. En primer lugar, es preciso analizar la consideración de Nairn del *ethnos*. Pese a que en algunas intervenciones parece sugerir la naturaleza primordial de la identidad nacional,<sup>73</sup> Nairn no abandona en general la aproximación modernista al fenómeno: son las necesidades del desarrollo las que provocan procesos de etnificación, produciendo nuevas identidades colectivas que se pretenden antiquísimas. Sin embargo, esto no impide al autor incurrir en una fetichización propia del abordaje nacionalista, al dar por sentada la necesidad de “permanecer intactos”, dejando de lado la dinámica de la mezcla entre poblaciones y culturas que caracteriza nuestra época. Estas afirmaciones muestran la tendencia de Nairn a naturalizar el fenómeno nacional: si el internacionalismo es falso, las naciones no pueden ser sino verdaderas.

Tal fetichización es la que conduce a Nairn a sostener que el único modo de enfrentar las situaciones de desigualdad relativa reside en el establecimiento de un Estado independiente –descartando otras formas de redistribución de la riqueza y el poder en una sociedad– asumiendo el principio nacionalista de que a cada nación le asiste el derecho a la independencia.

Nairn no repara suficientemente en la contradicción implícita en sus planteos, al sostener a la vez que el objetivo de los nacionalistas es el desarrollo en sus propios términos, y que la *internacionalidad* determina la existencia de un poder y un capital cada vez más concentrado al nivel global. ¿Cuáles serán las posibilidades reales de desarrollo de unas unidades estatales cada vez menores en el contexto de una concentración cada vez mayor del capital y el poder en el mundo? Sólo una petición de principio podría alimentar alguna esperanza en las posibilidades de autodeterminación de estas sociedades.

---

72 Tom Nairn, “Demonising Nationality”, pp.65 -66.

73 Tom Nairn, “Does Tomorrow Belong to the bullets or the Bouquets?”, op. cit. y Tom Nairn y John Osmond, “This land is my land, that land is your land”, *Borderlands*, N°3, ambos citados en Joan Cocks, op. cit.

Otro problema fundamental de esta teoría tiene que ver con el punto de vista del actor. Las motivaciones que, en la óptica de Nairn, activan los nacionalismos, no necesariamente serían reconocidas como propias por los agentes, ya que el objetivo del desarrollo económico y la industrialización no necesariamente forman parte de todo programa nacionalista.<sup>74</sup> Que los actores tiendan a ello aun sin saberlo, supone una perspectiva según la cual la dinámica objetiva del moderno capitalismo resulta tan dictatorial que los sujetos no pueden sino sucumbir a sus determinaciones.

De tal modo, una mirada teleológica, en la que la fragmentación no puede sino reiterarse hasta el infinito, resulta un espejo de la teleología de signo contrario presente en la mirada de Hobsbawm. Y en ambos casos, tal factor aparece a la vez como el fundamento último de la teoría y como el supuesto básico a ser sometido a crítica.

---

<sup>74</sup> Véase al respecto William Douglas, "Crítica de las últimas tendencias en el análisis del nacionalismo", William Douglass, Stanford Lyman y Joseba Zulaika, *Migración, etnicidad y etnonacionalismo*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1994, p.85.